



7

El Santuario en Apocalipsis. (Segunda parte)

Hemos estudiado en el tema anterior, que el contenido del libro de Apocalipsis se compone de siete visiones, visiones que deben entenderse a la luz del tema del Santuario.

Ya hemos estudiado las primeras tres escenas del santuario en el libro de Apocalipsis y a continuación abordaremos las otras cuatro.

En la cuarta escena, el arca del pacto trae a nuestra mente la figura de Jesús como sumo sacerdote que inicia el juicio investigador en el lugar santísimo del santuario celestial.

Veamos lo que dice (Apocalipsis 11:19). “Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo. Y hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande granizo”.

Vale la pena recordar aquí que las primeras tres visiones de los capítulos 1 al 11 de Apocalipsis, fueron introducidas con imágenes vinculadas al lugar santo. Esto nos sugiere la primera fase del ministerio de Cristo desde su ascensión en el año 31 hasta el año 1.844, cuando se inicia la segunda fase de su ministerio en el lugar santísimo del santuario celestial.

Esta cuarta escena nos revela que los acontecimientos que forman parte de los capítulos 12 al 22 se vinculan más con la segunda fase del ministerio que Cristo realiza en el lugar santísimo, desde 1844 hasta el fin del mundo.

La imagen del Arca del Pacto en el Santuario celestial es una referencia indiscutible al Lugar Santísimo, o el segundo departamento. En el libro de Apocalipsis, podemos ver no solo el ministerio de Jesús en ambos

departamentos, sino el hecho crucial y reconfortante de que los acontecimientos celestiales y terrenales están relacionados.

La ley de Dios en el Santuario celestial es el gran original, del que los preceptos grabados en las tablas de piedra y registrados por Moisés en el Pentateuco eran una copia exacta. De esta manera se revela el carácter sagrado e invariable de la ley divina.

Como la ley de Dios es una revelación de su voluntad, una transcripción de su carácter, debe permanecer para siempre como “fiel testigo en el cielo”. Ni un mandamiento ha sido anulado; ni un punto y ni una tilde han sido cambiados. Dice el salmista: “Tu palabra, Señor, es eterna, y está firme en los cielos”. “Todos sus preceptos son dignos de confianza, inmutables por los siglos de los siglos”. Salmo 89:37, 119:89.

Los querubines del Santuario terrenal, que miraban reverentemente hacia el propiciatorio, representaban el interés con el cual las huestes celestiales contemplan la obra de la redención. Es el misterio de la misericordia que los ángeles desean contemplar: que Dios puede ser justo al mismo tiempo que justifica al pecador arrepentido y restaura su relación con la raza caída; que Cristo pudo humillarse para sacar a innumerables multitudes del abismo de la perdición y vestir las con las vestiduras inmaculadas de su propia justicia, con el fin de unir las con ángeles que no cayeron jamás y así habiten para siempre en la presencia de Dios.

Veamos ahora la quinta escena. En la quinta escena, Cristo concluye el juicio investigador y a continuación tenemos la salida de los ángeles con las copas que contienen la ira de Dios. Así lo describe (Apocalipsis 15:5-8).

“Después de estas cosas miré, y he aquí fue abierto en el cielo el templo del tabernáculo del testimonio; y del templo salieron los siete ángeles que tenían las siete plagas, vestidos de lino limpio y resplandeciente, y ceñidos alrededor del pecho con cintos de oro. Y uno de los cuatro seres vivientes dio a los siete ángeles siete copas de oro, llenas de la ira de Dios, que vive por los siglos de los siglos. Y el templo se llenó de humo por la gloria de Dios, y por su poder; y nadie podía entrar en el templo hasta que se hubiesen cumplido las siete plagas de los siete ángeles”.

Esta escena indica que el tiempo de intercesión se acabó. Ya nadie puede entrar por fe al templo y tener acceso al propiciatorio. El tiempo de preparación ha concluido; ahora ha llegado el tiempo para el derramamiento de la ira de Dios sin mezcla de ninguna clase.

El templo de Dios en el cielo se abre, no para que la gente entre por fe, sino para que los ángeles con las siete plagas salgan para derramar la ira de Dios.

Jesús no dejaría el lugar santísimo antes que estuviesen decididos todos los casos, ya para salvación, ya para destrucción, y la ira de Dios no podía manifestarse mientras Jesús no hubiese concluido su obra en el lugar santísimo y dejado sus vestiduras sacerdotales, para revestirse de ropaje de venganza.

Entonces Jesús saldrá de entre el Padre y los hombres, y Dios ya no callará, sino que derramará su ira sobre los que rechazaron su verdad y declarará: “El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía”. Apocalipsis 22:11. La puerta de la gracia se ha cerrado, el tiempo de oportunidad ha terminado.

En la sexta escena, una multitud celebra la victoria divina y tenemos el anuncio de las bodas del Cordero. Así se describe esta visión en (Apocalipsis 19:1-7).

Después de esto oí una gran voz de gran multitud en el cielo, que decía: !!Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro; porque sus juicios son verdaderos y justos; pues ha juzgado a la gran ramera que ha corrompido a la tierra con su fornicación, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella.

Otra vez dijeron: !!Aleluya! Y el humo de ella sube por los siglos de los siglos. Y los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se postraron en tierra y adoraron a Dios, que estaba sentado en el trono, y decían: !!Amén! !!Aleluya!

Y salió del trono una voz que decía: Alabad a nuestro Dios todos sus siervos, y los que le teméis, así pequeños como grandes. Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado.

En esta sexta escena, una gran multitud aparece clamando: “¡Aleluya! La salvación, la gloria y el poder pertenecen a Dios, porque justos y verdaderos son sus juicios” (Apocalipsis. 19: 1). De esta forma se describe el gozo provocado por los actos judiciales de Dios sobre los enemigos de sus hijos en los últimos días. “La cena de bodas del Cordero” está por comenzar (19: 9), por lo tanto, la alabanza antes mencionada, es el foco central de esta escena antes de la segunda venida de Cristo. ¡La victoria de los santos es segura! ¡Su cena con el Cordero también! El santuario aquí “ausente”, así lo testimonia.

En la última y séptima escena, la Nueva Jerusalén desciende del cielo y se escucha una voz del cielo que dice, he aquí el tabernáculo de

Dios con los hombres y Jesús habita en medio de su pueblo haciendo nuevas todas las cosas. Veamos como lo describe (Apocalipsis 21:1-4).

“Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra han pasado, y el mar ya no existía más. Y vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo de Dios, preparada como una novia adornada para su esposo. Y oí una voz fuerte del trono que decía: “He aquí, el tabernáculo de Dios está entre los hombres, y él morará con ellos, y ellos serán sus pueblos, y Dios mismo estará entre ellos, y él enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni tristeza, ni llanto, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron”.

En el Antiguo Testamento, el tabernáculo, y más tarde el templo, simbolizaban la presencia permanente de Dios entre Israel. En el tabernáculo el pueblo podía observar la gloria de Dios. Por causa de la infidelidad de Israel a Dios, su presencia fue quitada de ellos. De acuerdo con Juan 1:14, en Cristo, el Verbo encarnado, Dios puso su tabernáculo temporariamente entre los humanos, y ellos vieron su gloria. Ahora, en la consumación, la nueva Jerusalén es donde Dios instala su tienda, su (tabernáculo) con su pueblo en “unidad íntima”, y donde se manifiesta su gloria a través de la eternidad, como “se prefiguró por siglos con el tabernáculo”.

Dios y la humanidad no estarán más separados; los redimidos ahora viven en la misma presencia de Dios para siempre. La presencia de Dios en medio de su pueblo eliminará las cosas del orden anterior. Dios enjugará toda lágrima de sus ojos. Las lágrimas, normalmente causadas por la tristeza, el dolor, y la muerte, son los resultados de la caída. Ahora toda causa para las lágrimas es eliminada.

En el paraíso restaurado, ya no habrá muerte, ni tristeza, ni llanto, ni dolor. Esto es un eco de la promesa de Dios dada siglos antes por medio de Isaías: “Destruiré a la muerte para siempre; y enjugaré Jehová el Señor toda lágrima de todos los rostros; y quitará la afrenta de su pueblo de toda la tierra, porque Jehová lo ha dicho”. Isaías 25:8. El tabernáculo de Dios estará con los hombres y él morará en medio de nosotros.



Preguntas

Para generar aprendizaje

1. *¿A qué momento histórico y profético apunta Apocalipsis 11:19?*
2. *¿Qué acontecimientos que forman parte de los capítulos 12 al 22 de Apocalipsis, se vinculan más con la segunda fase del ministerio que Cristo realiza en el lugar santísimo?*
3. *¿Cómo revela la cuarta escena, la perpetuidad de la ley de Dios?*
4. *Según la quinta escena ¿Qué acontecimientos ocurren cuándo termina el juicio investigador?*
5. *¿Qué es lo que se celebra en el santuario celestial, en esta sexta escena?*
6. *¿Qué similitudes encuentra entre Apocalipsis 21:1-4; Éxodo 25:8 y Juan 1:14?*
7. *¿Cuáles son las tres promesas para el pueblo de Dios, contenidas en Isaías 25:8?*